

No saber lo que ha sucedido antes de nosotros es como ser incesantemente niños.

CICERÓN

Hay que sembrar el terror..., hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensan como nosotros.

GENERAL MOLA

Ya conocerán mi sistema: por cada uno de orden que caiga, yo mataré a diez extremistas por lo menos, y a los dirigentes que huyan, no crean que se librarán por ello, les sacaré de debajo de la tierra si hace falta, y si están muertos los volveré a matar.

GENERAL QUEIPO DE LLANO

Que las lágrimas se conviertan en odio y el odio en ardor combativo.

PASIONARIA

La vida para los comunistas no termina en un lugar de tortura, no termina incluso ante un pelotón de ejecución. La vida de los comunistas es el Partido, y el Partido, por encima del terror franquista, sale victorioso, adelante siempre.

SANTIAGO CARRILLO





Prólogo

Este libro es un descenso a los infiernos de la posguerra española. Se agradece la sobriedad de su autor al enfocar el drama de los huidos, del maquis, aquí llamado guerrilla, guerra chica, la guerra de las sombras.

Carlos G. Reigosa parte hacia la evocación de la tragedia armada de la mejor intención esclarecedora, sin apriorismos, dispuesto a recorrer el territorio que haga falta, aquí sobre todo La Cabrera leonesa, con el bloc de notas abierto y el magnetófono puesto en «grabar».

A veces los periodistas, algunos historiadores, por comodidad o falta de interés, se encierran, nos encerramos, en las hemerotecas, y redactan, redactamos, libros de baja intensidad. Les faltará el palpito de lo verdadero, el valor del testimonio real, la aportación de lo vivo. En este caso el autor se lanza hacia el paisaje de la literatura oral y del país real a pecho descubierto, sin morbo, en pos de sus personajes.

Eso es lo que tiene *La agonía del león*, que puede leerse ubicuamente, como el reportaje de un tiempo de dolor, del dolor dentro del dolor, como una novela policíaca, como una crónica de

horribles sucesos, como episodio bélico, como una novela psicológica, como un libro de autoayuda (que el «horror, horror, horror» de Conrad no vuelva a repetirse). Se puede leer como una crónica de costumbres, como manual de supervivencia, como sociología de una zona reprimida, como retrato de la condición humana en una situación límite..., tal es la densidad de la propuesta.

La palabra maquis significa, en francés, monte bajo, denso, escabroso. Es la persona que se rebela y mantiene una oposición armada contra el sistema político establecido, y vive escondida en los montes. Los españoles, que inventaron la palabra guerrilla, la prefieren a maquis. Mao Zedong decía que la guerrilla debía desenvolverse en el terreno como pez en el agua. Él lo consiguió, pero no el Che Guevara en la Bolivia indolente y fatalista. Para Hanna Arendt la guerra se había convertido en un lujo que sólo los países pequeños se podían permitir, España entre ellos.

Henry Kissinger escribió que el ejército convencional pierde si no gana. La guerrilla gana si no pierde. Chorradas. La guerrilla no acaba o acaba mal, escribió por su parte Víctor Hugo. Esta guerrilla española acabó mal, aunque hay que decir de entrada que, como ocurre con todo en la Historia, no se pueden juzgar los acontecimientos de ayer desde la óptica de hoy. Éste es uno de los aciertos de Reigosa, que persigue la verdad con la afición y el olfato de un sabueso, y lo hace, y se nota, con una técnica escrupulosa, acumulativa, posesiva, de datos y encuentros. Todos los elementos nos son dados para comprender lo incomprensible.

Hace ya más de cuarenta años, el que esto escribe y Jesús Torbado nos metimos en la ardua y larga tarea de recoger documentación y testimonios para nuestro libro *Los topas*, que no pudo publicarse en vida de Franco. Pues bien, el que llamamos «el último guerrillero», Pablo Pérez Hidalgo, alias *Manolo el Rubio*, salió 27 años después de su encierro como topo. Lo hizo en 1976. Lo que *Manolo el Rubio* nos dijo en Genalguacil, en la Sierra Bermeja, fue que «hubo que luchar no sólo con el enemigo sino con algunos de

los que había dentro de la guerrilla. Se infiltraron muchos granujas. Se dieron casos de venir tipos a la sierra, no por las ideas o por persecución de la justicia militar sino por el saqueo, la rapiña. Ésos aprovecharon la ocasión y cometían fechorías, de modo que cuando uno quería enterarse, el daño estaba ya hecho. Apareció en el monte uno de San Roque y nos vendió la patraña de que había escapado de Ronda porque lo querían fusilar. Un cuento chino. La verdad es que era un gallofero que había robado cuatro o cinco chivos y lo buscaba la Guardia Civil para enchiquerarlo. Cuando lo supimos, era tarde, el fulano se nos marchó vivo y nos delató a todos. Por él metieron en la cárcel a una pila de criaturas».

Las denuncias, las delaciones, lo peor de las guerras y las posguerras, muchas veces para ventilar asuntos privados.

Lo que cuenta el último guerrillero ocurrió no sólo en su geografía, la malagueña serranía de Ronda, sino en otros puntos de la península, donde los «huidos» heredaron las divisiones y pendenencias de la República durante la guerra civil. Las historias se repiten, la delación (muchas veces para sobrevivir), los ajustes de cuentas, las deudas de sangre, las venganzas, la codicia por un quítame allá un cortijo o una herencia, el ojo por ojo. Por si no hubieran bastado tres años... La frustración del fracaso está a la altura de los sueños que se crearon en encrucijadas y pasos de montaña.

Los móviles de la violencia son casi siempre los mismos, de un lado y de otro, ocurran en el Levante, en el centro o en Asturias, pero fue en el norte donde la represión se cebó en mayor medida en los vencidos. La respuesta de éstos, al echarse al monte en armas, armas cortas en general, con escasa munición en bandolera, fue más dura cuanto más arriba se subía. En Ciudad Real la guerrilla mató a unas 18 personas, en Asturias a 148.

También los movimientos y estrategias se asemejan, los largos desplazamientos por la noche para despistar a la Guardia Civil, el mismo o parecido conocimiento del terreno, los trucos, las contraseñas. Hasta la misma ingenuidad para caer en los mismos erro-

res y espejismos propagados por radio macuto y las emisoras de la deriva republicana. Con el final de la II Guerra Mundial se acabaría también el fascismo en España y el pueblo se sublevaría contra Franco. Así lo creían los topos y lo creía también *Manolo el Rubio*. La decepción fue mayúscula. De qué calidad sería el terror desatado que *Manolo el Rubio* o el que fue alcalde republicano de Cercedilla salieron a la libertad cuando Franco yacía en el Valle bajo la losa.

Manolo el Rubio, un gran autocrítico, nos dijo: «El primer factor que debieron tener en cuenta en el Partido Comunista es que el pueblo español estaba cansado de guerras, de tres años de guerra, y quería poner fin a la pesadilla. Nosotros lo vimos también cuando la población comenzó a volvernó la espalda. Al principio todos nos ayudaron, luego nadie o casi nadie lo hizo. Cuando terminó la II Guerra Mundial y pasó lo que pasó con la tentativa de la invasión a través del Valle de Arán, y con la desarticulación de la guerrilla en Francia, la suerte estaba echada. No quedó otro remedio que aguantarse porque ya no se podía salir».

¿Mereció la pena el sacrificio? ¿Sirvió para algo cuando las «democracias occidentales» condenaron a estos hombres y corrieron en auxilio del vencedor, un Franco necesario para los azares de la guerra fría? ¿Fue contraproducente porque no hizo sino complicar las cosas en el frente interior y estimular la represión? Que se lo pregunten a Esteban Losada, que fue niño una vez peloteado a golpes de un lado a otro de la habitación. ¿Fue un ejemplo de vergüenza torera en medio de la derrota? Que se lo pregunten a Manuel Girón, tan querido, tan idolatrado por los suyos, tan traicionado. ¿Saint Just o Robin de los Bosques de La Cabrera?

Pobres ilusos, idealistas, románticos y bienintencionados, o asesinos o ladrones, bandoleros o los últimos y nobles combatientes de la República, mal pertrechados y abandonados:

Por llanuras y montañas
guerrilleros libres van
los mejores luchadores
del campo y la ciudad.

La sangre, los tiros, la mierda, el mito, las represalias. Unos guardias que cobraban poco más de quince pesetas diarias; unos jefes, no todos, por fortuna, ansiosos de promocionarse a base de éxitos en el breñal; una condecoración por cada «bandolero» muerto.

Siempre aparece alguna rosa en el lodazal. Una historia escrita en odios y sobrentendidos, en mantos de sospecha, en miserias y ambiciones y en alguna grandeza, que también la hubo entre 1939 y 1952. Dos clases de desgraciados frente a frente: los guardias, pobres de solemnidad; los guerrilleros, unos seis o siete mil, y los quince o veinte mil enlaces que pagaron el pato esperando la «reconquista de España». Los guardias evitaban a veces el combate o se escaqueaban, o hacían como que disparaban al aire para cumplir el expediente. Al fin y al cabo era una lucha de pobres para que otros hicieran carrera o se colgaran medallas. Y una gran traición de por medio, la traición a los que siempre pierden, los que están destinados al paredón, a la ley de fugas, al consejo de guerra, a la muerte anónima en comisaría. Siempre son los mismos.

Dos escuelas de pensamiento: los que aseguran que es mejor olvidarlo todo, partidarios de cancelar la historia de un plumazo, que esto es sólo sentimentalismo retórico para compensar el pensamiento único, y los que, por el contrario, exigen la memoria, luz y taquígrafos, convocan a la Historia, piden por una vez que la escriban también los vencidos. O no termina nunca la guerrilla, o termina mal, que dijo Víctor Hugo. Ésta terminó y terminó mal: 258 guardias civiles muertos, 2.166 guerrilleros muertos, 3.382 encarcelados y 19.407 enlaces o colaboradores detenidos. La obli-

gación, la que Reigosa se autoimpuso, era la de contarla. ¿Quién fue el que alimentó esos sueños de victoria cuando sabían que todo estaba perdido? ¿Quién fue el que engañó a estos hombres tirados en el monte para producir una historia de brutalidades, de algunos, aislados rasgos poéticos, casos de entrega y generosidad?

Les queda la dignidad de haber intentado hacer algo. Unos con sadismo, otros con heroísmo nunca recompensado. José Ángel Valente:

... no reivindicaron
más privilegio que el de morir
para que el aire fuera
más libre en las alturas
y más libres los hombres.

Otra cosa: ¿Por qué será que siempre la pagan con las mujeres? ¿Por qué esa crueldad con ellas? A medida que lees los testimonios se te ponen los pelos de punta. Sobre este libro, sobre la cámara de los horrores, flota la incómoda, oportuna interrogante del periodista que se adentra en el drama para iluminar la vida de un personaje huidizo, mitificado o diabolizado. Reigosa interroga a los protagonistas o a sus epígonos en esta tela de araña de confesiones, verdades y mentiras, solapamientos y ambigüedades en la que el autor pone orden. El cazador de Girón, el guardia Miguel Arricivita, alcanza la categoría de personaje del siciliano Sciascia.

¿Con qué carta quedarnos? Ahí están los materiales, a la vista en una cierta atmósfera de reconciliación. Es un misterio embarazoso, que Reigosa y otros historiadores han resuelto.

Era necesaria la memoria en medio del teatro de las sombras.

MANU LEGUINECHE

Introducción

No fue un político de primera fila, con un pensamiento que sea ahora vital recuperar, ni fue un líder revolucionario cuya actuación importe especialmente (ni aun arropada con el indumento ideológico que algunos se empeñan en prestarle). Tampoco fue un jefe militar que haya protagonizado hazañas sin cuento o dirigido operaciones de especial relevancia. En la estricta realidad histórica, Manuel Girón Bazán fue sólo un *huido* antifranquista que, por su actuación pública —guerrillera y no guerrillera— y por su comportamiento personal con compañeros y con adversarios, alcanzó renombre en el noroeste peninsular, en una zona que comprende El Bierzo y La Cabrera leoneses —con extensiones hacia la Maragatería—, la Sanabria zamorana, la tierra de Valdeorras gallega y el nordeste fronterizo de Portugal; un hombre, sin embargo, que, de no ser por la guerra civil, probablemente hubiera terminado sus días como cavador de viñas en su Bierzo natal (que es el mismo destino laboral que muy probablemente hubiera tenido el glorioso *Empecinado* en su Castilla originaria, de no mediar la invasión napoleónica de 1808). Pero, es sabido, la guerra trastueca los destinos, altera las vidas (cuando no las trunca) y, como dijo Ortega

y Gasset, «hace temblar en sus cimientos todas las aparentes in-conmovilidades».

El de Manuel Girón Bazán fue, pues, uno más de los muchos destinos *conmovidos* o alterados —zarandeados— en España por el comienzo de la guerra civil en julio de 1936. Pero su nuevo sino no fue común. La guerra, que iba a separarlo para siempre de su ocupación en el campo, iba a determinar también el nacimiento de un guerrero, primero en el frente asturiano, y después —ya como fugitivo y como guerrillero— en los montes gallego-leoneses. Tenía veinticinco años cuando su vida cambió, a causa de la sublevación militar, y cuarenta y uno cuando sus días terminaron —ya a destiempo— bajo el acoso y la alevosía. En medio, quince años de guerra *sui generis*, en los que, sobre su aventurado quehacer, se entretejió la leyenda y alumbró el mito: el *mito Girón*. Al cabo, el mito de la invulnerabilidad de un perseguido, de un fugitivo.

Lo dijo Cervantes en hermosa frase: «La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes». Y Girón fue un valiente hijo de la contienda civil, de ello no hay duda; fue lo que se dice un ser templado y valeroso, sin que afirmar esto suponga una evaluación moral sobre su conducta (como ya advirtió La Rochefoucauld, «hay héroes en el mal como en el bien»). Girón fue un hombre bravo y esforzado sobre cuyas anchas espaldas —justamente de cavador— se levantaron y sustentaron ideas y organizaciones (político-militares) que quizá él nunca llegó a comprender del todo, pero de las que siempre fue un fiel servidor y un aguerrido soldado. Porque, por encima de todo, Girón fue «el mejor compañero» para quienes estuvieron a su lado y «el más odiado enemigo» para quienes temieron o sufrieron su arremetida de fiero león. Un guerrero animoso y precavido que, en el ámbito de la aventura, rozó lo inverosímil y que, al final, cayó como los grandes fugitivos y como los grandes guerrilleros: sólo abatibles por medio de la traición.

En este libro no se dibuja el perfil de un héroe ni el de un villano, ni se hace un recuento pormenorizado de sus actuaciones. Tampoco hay enjuiciamientos morales destinados a *orientar* al lector: ni el asesino sin piedad que unos cincelaron con saña en tiempos pasados, ni el impoluto guerrillero que otros ensalzaron con fervor en épocas más recientes, tienen cabida aquí. Ninguna de estas concepciones maniqueas resiste el cotejo con los testimonios más próximos a Girón. Lejos de ellas, aflora en este libro el rostro desnudo —vario y también contradictorio— de un hombre de daños, rudimentariamente identificado con «las izquierdas», progresivamente comprometido con la lucha armada antifranquista (y con las ideologías que la sustentaban) y, al cabo, atrapado en una circunstancia endiablada de combates, persecuciones y muertes; una circunstancia en la que él fue, a la vez, motor y víctima, y de la que nunca se zafó (quizá porque se lo impedían fidelidades personales de honda raigambre, de las que no supo, no pudo o no quiso sustraerse).

Empujado por acontecimientos cuya dinámica desconocía —y probablemente utilizado por unos y otros—, Girón comparece en esta historia como una víctima más de la guerra civil que, a falta de oportunidades de reinserción, protagonizó una larga e ingeniosa peripecia de *huido* y que llevó hasta sus últimas consecuencias su desigual combate contra el franquismo, incluso cuando este combate carecía ya de posibilidades y de sentido, y sólo quedaba dar pruebas de valor individual... Ocurría esto en los momentos finales, allá por 1951, cuando Girón ya advertía que sus días se agotaban y que, antes o después, iba a caer bajo las balas enemigas. Pero aún desconocía el nombre de su matador. No imaginaba que en su entorno tejía la asechanza una de las más burdas y trapaceras celadas de muerte —en términos de auténtica cacería humana—, que le iba a negar incluso la oportunidad (mil veces soñada) de vender cara su vida. Su muerte —que parece querer apuntalar la afirmación de J. F. Revel de que «la mentira es la pri-

mera de todas las fuerzas que dirigen el mundo»— se difundió convertida en puro embuste, plagada de falsas inculpaciones y de obligados silencios, y así pervivió hasta después de la muerte de Franco..., excepto en un lugar aislado y montaraz del noroeste leonés, donde, como verá el lector, la verdad se conoció desde el principio y se conservó sin deformaciones, fuera del alcance desorientador de las *versiones oficiales*. De este lugar, de esta especie de recinto protector, acabó por salir con el paso de los años —cuando ello fue posible—, para extenderse y ser, como es hoy, una estrechecora información de dominio público. Pero ésta es otra historia: justamente una más de las muchas que se cuentan en este libro, y no es cuestión de poner el carro por delante de los bueyes.

GIRÓN Y LA CABRERA

Los guerrilleros que han alcanzado renombre, los bandoleros célebres, los maquis reputados —esto es, los hombres de los que se guarda memoria por haber combatido en unidades irregulares o por haber sido simplemente fugitivos de largo aliento¹—, han requerido de un espacio adecuado para asegurar su supervivencia y también su fama, tanto en la realidad como en la ficción. ¿Cómo imaginar a Robin Hood sin su aliado, el casi idílico bosque de Sherwood? ¿Cómo entender a Emiliano Zapata, el guerrillero mexicano de *Tierra y Libertad*, sin la dureza de su Morelos natal? ¿Cómo concebir al Cura Merino —no el regicida, sino el que luchó contra los franceses— sin la densidad vertical de los pinares de

¹ Las diferencias entre estas denominaciones, que existen, no son tantas ni están tan claras como quieren hacer ver algunos mitómanos de la semántica. ¿Cómo serían denominados hoy nuestros maquis, oficialmente declarados bandoleros en los años cuarenta —y combatidos y condenados como tales—, si en 1945 la caída de Hitler y Mussolini hubiera significado también la de Franco?

Soria? ¿Cómo hablar de Fra Diavolo —el célebre *Hermano Diabolo* que combatió a Napoleón en Italia— sin hacer mención de la geografía y del carácter calabreses, a cual más enrevesado? La lista de ejemplos es interminable, y no hace al caso continuarla; con ella sólo se pretende ilustrar la estirpe de hombres a la que pertenece Manuel Girón en su relación con un espacio concreto (y sin querer ir más allá en otros posibles —o imposibles— parecidos); la estirpe de unos hombres de acción que, como el gigante Anteo, parecen acrecentar sus fuerzas en el contacto directo y continuado con una tierra específica, con cuyas esencias y secretos semejan fundidos.

La andanza de Manuel Girón Bazán no es concebible —ni entendible— sin la comarca leonesa de La Cabrera, un espacio de montaña incomunicado (por entonces casi inaccesible) que se extiende por el noroeste de la provincia de León en su límite con Zamora y que parece acurrucarse contra la Sierra del Eje orensana en un último esfuerzo por resistir no se sabe qué históricas hostilidades; una tierra poblada por unas gentes humildes y generosas que soportaron sobre sí, entre los años 1936 y 1951, el rigor de una guerra denodada e implacable entre las fuerzas encargadas de la represión (sobre todo, la Guardia Civil) y los hombres del maquis, con los que compartieron —no siempre de buen grado, y tampoco todos— un destino de adversidad y de miseria, que en muchos casos se saldó con la emigración, cuando no con la muerte.

La Cabrera, que reunía por entonces unos diez mil vecinos en sus pequeñas aldeas, se convirtió —junto con los pueblos altos de la Sierra del Eje orensana— en el refugio preferente de un centenar de fugitivos (sobre todo gallegos, leoneses y asturianos), que al perfilarse la derrota de Hitler en la II Guerra Mundial pusieron en pie la primera organización armada antifranquista en España, que llevó el nombre de «Federación de Guerrillas de León-Galicia». La lucha que llevaron a cabo atravesó por distintas etapas, desde la fase inicial de *huidos*, pasando por la de guerrillas, hasta la última,

de decadencia y descomposición, un desarrollo al que bien cabe la reflexión napoleónica de que «las guerras largas matan la moral»². Los hombres del maquis, que en su mayoría empezaron por ser huidos aislados cada uno por su particular causa —y a veces vengadores solitarios de esa misma causa—, se unieron luego por razones de supervivencia, se sometieron a códigos guerrilleros mientras duró la esperanza de un cambio político en España y se deslizaron finalmente hacia el bandolerismo cuando esta esperanza se desvaneció. En esta última etapa, la mayor parte de los hombres del monte, muy escasos en número, redujeron su actividad a operaciones de mera subsistencia. Eran ya sólo condenados a muerte en rebeldía que sobrevivían cada día a un mayor acoso y que demoraban insensatamente su intento de salir de España (que era en verdad la única esperanza que les quedaba, cuando oficialmente ya no eran otra cosa que un problema de orden público en una avanzada *fase de erradicación*).

Así estaban las cosas al final de la lucha, cuando al lado de Girón apenas quedaban cuatro hombres y una mujer. Pero ¿se veían así, por aquellos años, desde el mirador aislado y casi impenetrable —solitario y solidario— de La Cabrera? En otras palabras: ¿era Girón un hombre ciego, necio o loco cuando, tan tardíamente, apostaba por resistir allí, o en verdad su presencia aún encarnaba, en aquel espacio, una esperanza cierta de redención para algunos, aunque fuese ya en los límites del espejismo? Son preguntas que se hacen ocasionalmente en este libro y que no siempre tienen una única respuesta. ¿Quién era y qué representaba Manuel Girón en

² En tiempos más recientes, esta reflexión —que ocupa muchas páginas en los textos militares modernos— fue asumida y defendida por el presidente estadounidense Richard Nixon como una de las más importantes «lecciones de Vietnam», esto es, como una de las claves —si no la principal— de la derrota norteamericana en aquella guerra.

La Cabrera en aquellos años? El lector podrá percibir que para algunos era *amo y señor* en aquellas tierras aisladas: algo así como «el rey de La Cabrera». Para *Gafas* —uno de sus íntimos—, era un león en sus propios dominios (esto es, justamente «el rey de la selva», y La Cabrera tenía mucho de selva, sin llegar a tenerlo todo). Para otros, de visiones menos favorecedoras —y también menos mitómanas—, era sólo un perseguido con el que había que convivir y cuyo valor alargó interminablemente su agonía. Quedaba, por fin, un último grupo para el que Manuel Girón era sola y sencillamente una maldición, ya que su carácter o calidad de irreducible sólo hacía prolongar la guerra en la zona, con todas sus secuelas de pavores, desastres y atrocidades.

Desde cualquiera de las perspectivas que se observe la situación, se advierte que La Cabrera, un espacio de pacíficas y casi interminables soledades (límitrofe de las eremíticas tierras de Peñalba y el Valle del Silencio, donde un día floreció la *Tebaida* leonesa), se convirtió en aquellos años en un escenario acotado para el terror y para la violencia, y también para la impunidad. La guerra civil española, que había terminado oficialmente en 1939, perduró en este rincón olvidado de nuestra geografía hasta más allá de lo razonable. Quizá estaba escrito en el destino de esta tierra que allí agonizaría un león —dicho sea en el sentido más *natural* de la palabra— y que esta agonía habría de ser en buena parte compartida por los habitantes de la comarca: los reacios y sufridos cabreireses, hombres sabedores de viejas tradiciones y lealtades.

UNA HISTORIA POLIÉDRICA

La historia que aquí se cuenta es, en cierta medida, múltiple y poliédrica, y engloba, al menos, tres *enfoques* (que son, a la vez, tres *contenidos*) sobre los que conviene advertir al lector.

El primero se ciñe a la vida de Manuel Girón Bazán, en sus distintas facetas y desde muy diversas perspectivas testimoniales. El objetivo no es dilucidar todos los episodios de su existencia —ni siquiera enumerarlos, al modo biográfico—, sino hacer inteligible el personaje y su entorno, intentando *descifrar* la peripecia global que protagoniza y en cuyo trasfondo late y se visualiza «la malherida España» de que hablaba Antonio Machado a principios de siglo: aquella España «pobre y escuálida y beoda», no de un vino malo, sino de «la sangre de su herida» (palabras ciertamente premonitorias).

El segundo *enfoque* atañe y se circunscribe a la vida de (y en) La Cabrera leonesa, mostrada, paralelamente, en un *antes* y en un *ahora* distanciados por casi medio siglo. El resultado son unos capítulos que, con el pretexto de Girón —y dentro de lo que podría ser una literatura de viajes—, ofrecen una visión directa del espacio preferente de esta historia, con una referencia de la situación actual —tan distinta de la de entonces— y una recuperación de la memoria que perdura en sus gentes.

El tercer *enfoque* recoge o muestra cómo un ciudadano español cualquiera —en este caso, el autor— pudo acceder a esta historia en la última década del siglo xx (es decir, más de cuarenta años después de que la muerte de Girón se consumase y transmitiese falsificada a la posteridad). Esta visión personal incorpora justamente la *base expositiva* de la historia, es decir, la *forma* de contar los hechos (que es también la forma en que estos hechos —con sus sucesivas novedades— llegaron hasta el autor). Una técnica expositiva que se pretende deudora de la narrativa de ficción sólo en esta modalidad de acceso a la historia, y en nada más. Porque todo lo que aquí se cuenta responde fielmente a los testimonios obtenidos, respetando incluso su forma de expresión y su propia cronología (lo cual permite saber, no sólo los pasos de Girón y sus allegados, sino también los del autor, e incluso los que el autor no dio, debida o indebidamente).

El objetivo final no era, como queda dicho, averiguar la minucia, destripar el detalle, comprobar hasta la última afirmación escuchada, sino avanzar a marchas forzadas por la ruta más candente de la memoria que aún pervive. Para ello, se ha hurgado en los fundamentos políticos y organizativos de la actividad de Manuel Girón, pero también en sus relaciones personales y, más específicamente, en su vínculo afectivo con Alida González, una mujer largamente controvertida en esta historia por el papel que se le atribuyó en la trampa final. En todos los casos se han buscado los ecos fundamentales de los pasos de Girón, sin falsear ni modelar ninguna respuesta en aras de un prejuicio o de un deseo. Ni siquiera se ha aceptado, en el ámbito sentimental, la *facilidad* de combinar los elementos de modo que resultase una historia a lo *Bonnie and Clyde*; por el contrario, se ha preferido transmitir limpiamente la confusión que reina respecto de esta relación: el reconocimiento de la falta de un perfil sentimental claro es lo más riguroso, aunque no sea lo más deseable expositivamente. Igual de *fácil* hubiera sido deslizarse por el tobogán de la fantasía y escenificar un duelo o desafío personal —desfigurando la desproporción— entre Manuel Girón y el comandante de la Guardia Civil que lo persiguió hasta el final, pero los elementos de la realidad no dan para tanto sin ser violentados, aunque algunos de ellos apunten —y así se señala— en esta dirección. En éstos y en los demás casos se ha optado por respetar escrupulosamente los testimonios, tanto en sus limitaciones como en sus excesos. Es la única forma reconocida de *rendirse* ante la verdad.

Hechas estas advertencias, queda sólo añadir unas palabras de agradecimiento para quienes colaboraron con su versión a hacer más completa esta historia, y también para quienes mediaron ante algunos testigos de primera fila a fin de que no optasen, una vez más, por el silencio ante la adversidad padecida. Sus nombres están en este libro y no es necesario anticiparlos. Si la Historia es una

filosofía que se enseña a base de ejemplos, como sostenía un autor antiguo, las personas que aquí comparecen han contribuido a poner en pie un ejemplo más, de un tiempo de barbarie, cuya *filosofía* ilustra claramente y con toda crudeza sobre lo que nunca deberá repetirse entre nosotros.

CARLOS G. REIGOSA

I

El primer «capitán» de forajidos

Supe por primera vez de Manuel Girón Bazán en 1976, al leer *El maquis en España* del entonces teniente coronel de la Guardia Civil —y años después general de brigada— Francisco Aguado Sánchez¹, un libro de 718 páginas que, más allá de sus errores y descalificaciones, ofrecía por primera vez una visión proporcionada del verdadero tamaño de la resistencia armada antifranquista en la posguerra española².

¹ Francisco Aguado Sánchez, *El maquis en España*, Editorial San Martín, Madrid, 1975. (Francisco Aguado Sánchez, almeriense, además de sus relevantes trabajos en el servicio histórico de la Dirección General de la Guardia Civil, mandó la III Comandancia con sede en Madrid y, desde 1979, el 51 Tercio de la Guardia Civil, en Pamplona. En agosto de 1984 ascendió a general de brigada por decisión del Consejo de Ministros. Además de *El maquis en España*, es autor de otros libros, entre los que destacan una biografía del duque de Ahumada, fundador de la Guardia Civil, y una *Historia de la Guardia Civil* en siete tomos.)

² Publicado en 1975, el año en que murió Franco, *El maquis en España* recibió con el paso del tiempo duras críticas por su *beligerancia ideológica* y por su *maniqueísmo*, que algunos autores tuvieron por *justificación* suficiente para no reconocer lo mucho que le deben y que se hace patente en sus libros. *El maquis*

En el capítulo X, titulado «El Ejército guerrillero del Noroeste de España», y en un epígrafe dedicado a «El laberinto galaico-leonés», Aguado Sánchez hacía una breve semblanza del medio centenar de «cuadrillas» que operaban por esta zona y presentaba a Manuel Girón Bazán como «el primer “capitán” de forajidos de extremada peligrosidad de la región galaico-leonesa»³.

Según los datos que ofrecía —confusos, pero llamativos—, Manuel Girón era originario de los Barrios de Salas y militante de UGT, y se había echado al monte el 20 de julio de 1936, en unión de varios vecinos de Ponferrada, entre los que figuraba su compadre José Losada Yáñez. Durante 1936, estos hombres se habían limitado a eludir la persecución del mejor modo posible, hasta que, en 1937, al haberse unido al grupo «elementos importantes» y contar ya con armas, comenzaron «sus fechorías» por La Cabrera y por El Bierzo, con internadas ocasionales a Zamora, «donde dejan tristes recuerdos de su paso»⁴.

En su texto, Aguado Sánchez le endosa al grupo de Girón una buena ristra de asesinatos: los de Enrique Oviedo y Brígida Vega Gómez en Las Médulas, otros dos en Yebra, el de Hermenegildo Herrero en Salas de Ribera, el de Eloy Rodríguez en Castroquillame, y otros seis más —sin especificar localidades— en tierras leonesas, antes de que el grupo se internase en la Sierra del Eje orense, en donde acabaría por tener uno de sus mejores refugios. Las

en España fue un libro madrugador, de aldabonazo, que ofreció un fiel reflejo —una fiel síntesis— de la versión oficial sobre los huidos y las guerrillas, entendidos —unos y otras— como un mero problema de orden público. Aguado Sánchez reprodujo fidedignamente la *versión única* que tuvieron los españoles durante el franquismo, una versión fácilmente rastreable en los periódicos de la época y en las noticias que se difundieron sobre los distintos sucesos.

³ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., p. 661.

⁴ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., p. 660.

víctimas casi siempre aparecen definidas como «pacíficos vecinos que no accedieron a sus pretensiones»⁵.

Aguado Sánchez afirma que, a mediados de 1941, Girón ya contaba «con un total de 25 forajidos», entre los cuales —y citados sólo por sus sobrenombres, sin que importe de momento que al lector no le resulten familiares— estaban *Gafas* y *Parra*, definidos como «sus peones de brega», junto con *Liebre*, *Abel*, *Andaluz*, *Xirolo*, *Blas*, *Chaval de Ricosende*, *Objetivo* y *Simón*, «cuyos alias impondrían el terror y la devastación en aldeas y parroquias». Nada extraña, pues, que, en un contexto de hombres tan rudos y reprochables, se asegure que Girón se erigió en jefe justamente por «su brutalidad e instintos criminales»⁶.

Pero la cosa no quedaba en esto, como se puede ver en la siguiente referencia literal de Aguado Sánchez, que completa esta primera visión de Manuel Girón:

Su triste fama pronto trascendió y tanto la Alianza Democrática de Portugal como el incipiente Comité Comunista gallego, que muy temprano pensaba en una «Federación de Guerrillas», tratan de tomar contacto en su refugio de Casaio, para ganarlo para el Partido y prestarle las ayudas necesarias. Además de su campamento en los valles de Casaio, «Girón» encontró su seguro refugio en Vinhais (Portugal), de donde se demuestra que la protección del ADP no era de boquilla. Entre 1941 y 1944 la partida de «Girón» comete en tierras de Orense un total de 20 atracos y 7 asesinatos. En cuanto a León realiza atracos en Clemente de Valdueza y Toral de Merayo, donde además asesina a un vecino. El 5 de septiembre (1942) atracan un coche de línea en la carretera de Truchas-La Bañeza y «ajustician» a varios pasajeros, entre ellos dos guardias civiles y un sacerdote. Aldeas y pueblos leoneses como los de Quintani-

⁵ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., p. 661.

⁶ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., pp. 660-661.

lla, Santa Lucía de Valdueza, Lullego, Somoza, Encinado, Dehesas, Benuza, Frieria, Sotillo, Ribera de Folgoso, Toral de los Vados, Busmayor o Iruela, padecieron las fechorías y crímenes del «Girón» y su banda durante los años 1943 y 1944, al que sólo pudo hacerse la baja del «Practicante»⁷.

Lo que equivale a decir que, aun figurando en el *bando del mal*, Girón no era un cualquiera. La descripción de Aguado Sánchez no dejaba lugar a dudas y ofrecía una imagen concluyente (y concluyentemente negativa) del personaje y de su condición humana, y también de la catadura moral —naturalmente, abyecta— de quienes lo acompañaban.

Girón quedaba así relegado a la galería de los horrores de algún museo de cera de la posguerra o del franquismo. Un personaje satanizado, sin redención ni reinserción posibles, al que acomodaba perfectamente el marbete de «irrecuperable», y para el cual la muerte era el único horizonte socialmente deseable. Una muerte que, por cierto, se retrasaba. Así lo da a entender Aguado Sánchez en un epígrafe titulado «Todo lo han perdido... menos el humor», cuando califica a Girón de «rezagado» y anota que su historial, que suma «una decena de asesinatos y medio centenar de atracos, concluye el 2 de mayo de 1951 en Molinaseca (León), cuando es muerto en un tiroteo con la Guardia Civil del sector de Ponferrada»⁸.

Éste es el Manuel Girón que cualquier español podía conocer entonces con sólo asomarse a la obra de este autor (que es tanto como decir a la versión oficial de la época). Quizá por ello resulte mayor —y se entienda mejor— la sorpresa que cunde al acceder a otras fuentes y a otros conocimientos. Porque, naturalmente, y aunque con alguna prevención, muchos habían —habíamos—

⁷ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., p. 661.

⁸ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., p. 716.

aceptado esta versión, a falta de otros datos y de otros informados: al fin y al cabo, Girón sólo comparecía como uno más de los miles de hombres oscura y lamentablemente perdidos en el rescoldo de nuestra última gran hoguera fratricida, en un tiempo de posguerra todavía ganado por la ira y la abominación.

Aguado Sánchez cerraba sus líneas dedicadas a Manuel Girón con un párrafo aleccionador y condenatorio sobre unos personajes que también interesan en esta historia:

Hecho singular, nada digno de imitación, es el de los hermanos Rodríguez López (Adolfo, Domingo, Consuelo, Antonia, Rogelio y Sebastián), naturales de Soulecín, del término de El Barco de Valdeorras. Los cuatro primeros formaban parte de la banda del «Girón», donde ambas hermanas, en unión de Adila (*sic*) González, querida del jefe, animaban un tanto la insegura vida del forajido al servicio de la «causa del pueblo»⁹.

Unas palabras que ofrecían otra pincelada más para la pintura negra de aquella España ensangrentada y maniquea. Y otros nombres propios para engordar esta historia casi interminable de confrontaciones y de muerte, nombres que habrán de prodigarse inevitablemente en las páginas que siguen.

Pero algo más importante había ocurrido, aparte de las referencias concretas. Con su libro, Aguado Sánchez había desplazado —quizá sin quererlo— la piedra angular del dique del silencio, tanto tiempo inamovible. Un alud de testimonios iba a precipitarse en los años siguientes sobre los huidos y sus actuaciones, y una auténtica riada editorial acabaría por anegar la calzada de la memoria, con numerosos textos —parciales o globales— sobre aquellos episodios. El frenesí recuperador estaba, sin duda, más presidido por la pasión que por el rigor intelectual, pero éste era sólo el

⁹ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., p. 661.

comienzo. Después llegarían los historiadores y los cineastas, y los novelistas, y los... *El maquis en España*, un libro que pretendía ensalzar la labor de la Guardia Civil¹⁰ y descalificar, e incluso ridiculizar, la resistencia armada antifranquista, paradójicamente acabó por convertirse en la espoleta de todo este desbordamiento memorial-historicista. Con este libro se abrió la caja de Pandora de los recuerdos de aquella vieja resistencia hasta entonces sepultada en el silencio y ya camino del olvido.

¹⁰ En efecto, y como señala Aguado Sánchez, la Guardia Civil «llevó el peso casi total de la represión», con un saldo de 627 bajas: 257 muertos, 370 heridos. Según la misma fuente, en ese tiempo fueron muertos 2.173 «bandoleros», a los que se suman 467 capturados, 546 presentados y 2.374 detenidos, lo que hace un total de 5.560. A ellos les atribuye Aguado Sánchez 8.289 «hechos delictivos», que reparte, de acuerdo con los datos de la Guardia Civil, del siguiente modo: 953 asesinatos, 538 sabotajes, 5.963 atracos y 845 secuestros. El autor señala que 1946 fue el año de máxima actividad subversiva —en coincidencia «con la acción más intensa contra España en el exterior»— y que en 1950, a la luz de los mismos datos, «el bandolerismo comunista ha sido totalmente vencido» (Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., pp. 246-249).

II

Un cordero para el amigo... (Tres primeros testimonios indirectos y accidentales)

1. MARCELINO FERNÁNDEZ VILLANUEVA *GAFAS*

Un día de principios de agosto de 1977, Graciano Leivas, que era secretario general de la Agrupación Socialista de Mondoñedo (Lugo) en 1936, me explicaba las razones que llevaron al presidente de esta Agrupación, Luis Trigo Chao *Guardarríos*, a echarse al monte poco después de que los militares se decantasen en Galicia por el «bando nacional».

—Luis, con su carabina de guardia de la venatoria al hombro —decía Graciano—, nos visitó a los miembros de la directiva socialista, nos dijo que veía muy mal las cosas y nos propuso echarnos al monte. Unos no lo siguieron porque creían que exageraba el peligro y otros porque sencillamente nos declaramos incapacitados para sobrevivir a la intemperie. Él se limitó a decirnos: «Pois, a mín, se me queren pillar, téñenme que pillar ó voo: a min ó pou-sado non me collen»¹. Y se fue.

¹ «Pues, a mí, si me quieren coger, tienen que hacerlo al vuelo; a mí posado, no me cogen.»

Luis Trigo, que hizo célebre en el norte de Galicia el sobrenombre de *Guardarríos*, destacó por su carácter indómito e individualista —que le causó muchos problemas con los organizadores de las unidades guerrilleras— y murió a manos de una brigadilla policial o contrapartida en una casa de Vilanova de Lourenzá (Lugo) en la madrugada del 25 de junio de 1948. Acababa de cumplir cincuenta y ocho años. A su lado cayó la joven Antonia Díaz Pérez, de dieciocho, que se había echado al monte un año antes, atraída por su promisorio discurso, a medio camino entre la revolución libertaria y la simple holganza terrenal.

—Cuando lo mataron —seguía contando Graciano Leivas—, se les escapó una pieza mucho más gorda: Marcelino Fernández Villanueva *Gafas*, que estaba escondido muy cerca y que pudo salir de la zona de puro milagro. Me lo contó él mismo hace unos días.

—¿Hace unos días? —le interrumpí sorprendido—. ¿*Gafas* no está en Argentina? ¿No vive allá?

—Vive en Argentina, sí, y allí tiene hoteles, pero estos días anda por aquí, viendo a gente. Creo que ahora está en la casa de su mujer, en San Estebo do Val, ahí en Lourenzá. Es la primera vez que viene a España desde que se fue, en 1948.

Era el año 1977 y los viejos combatientes del maquis empezaban a regresar a su tierra, después de una larga ausencia. Dos años antes había muerto Franco, su enemigo irreconciliable y la personificación por excelencia de todo lo que habían combatido. Era el año 1977 y ya no había que cruzar el Atlántico para hablar con ellos cara a cara, para dilucidar, en lo posible, los episodios —tantas veces cruentos— que vivieron en la empinada posguerra española. Atraídos por la vitalidad incipiente del albor democrático, estos hombres comparecían en su tierra llenos de curiosidad y de esperanza, pero también atiborrados de recuerdos y de añoranzas. Uno de estos hombres era Marcelino Fernández Villanueva, quien tan oportunamente se cruzaba en mi camino en aquel

verano de 1977 y del que es obligado hacer aquí una breve presentación.

Más conocido por el sobrenombre de *Gafas*, Marcelino Fernández Villanueva fue el jefe del Estado Mayor y máximo dirigente de la Federación de Guerrillas de León-Galicia, que se creó oficialmente en abril de 1942 en los montes de Ferradillo, cerca de Ponferrada, y que sobrevivió hasta 1946. Ésta fue la primera organización armada de resistencia antifranquista que, con reglamento y estatuto guerrillero propios —y medio centenar de hombres en sus filas—, se constituyó en España en la posguerra. Por aquellos años, en las otras regiones de España, la situación —como reconoce el propio Aguado Sánchez— «aún estaba en su fase de los “huidos” propiamente dichos»².

Movido por una creciente curiosidad por estos episodios, intenté entonces localizar a Marcelino, que no estaba ya en San Esteban de Val, sino que hacía turismo por Andalucía. Pude, sin embargo, concertar una cita en Oviedo. Y allí, en la capital asturiana, nos encontramos pocos días después. Con la agradable sorpresa de que a la entrevista asistió también César Ríos Rodríguez, otro hombre clave de esta Federación de Guerrillas, en la que fue ayudante de Estado Mayor y jefe de la I Agrupación (que *cubría* el noroeste leonés). Los dos hombres se veían por primera vez desde que, en 1948, salieron del puerto asturiano de Luanco para Francia. Once años, tres días y dos horas de monte quedaban atrás cuando partieron, según las cuentas que echó entonces César Ríos. En Francia los habían recibido el líder socialista Indalecio Prieto y otros compañeros, que les rindieron un caluroso homenaje. Después, cada uno siguió su camino. César consiguió radicarse en París, mientras que Marcelino se fue para Buenos Aires, donde lo esperaba Francisca Ron Otero, una emigrante gallega origi-

² Franciso Aguado Sánchez, ob. cit., p. 656.

naria de aquella misma casa de San Esteban do Val (Lourenzá, Lugo) que le prestó cobijo y de la que se había enamorado en un viaje ocasional de ella a España...

La conversación con ambos me permitió recoger por primera vez una versión desde dentro —y desde la dirección— de la resistencia armada antifranquista en la zona; una versión que, como es natural, ofrecía un fuerte y radical contraste con la oficial —e incluso con la *oficial comunista* que, entre la épica y la lírica, había pergeñado el escritor Andrés Sorel³—. Aquella conversación, que exponía el sentido de esta organización de resistencia y explicaba sus orígenes y motivaciones, su desarrollo y su final, fue publicada posteriormente⁴ y no hace al caso reproducirla en este texto. Pero sí viene a cuento recoger algunos aspectos que ayudan a hacer inteligible esta historia.

Marcelino Fernández Villanueva, nacido el 10 de marzo de 1914 en Olloniego (Asturias), perdió un ojo en las torturas a que fue sometido por su participación en la revolución de 1934. Militante socialista, durante la guerra civil fue comisario de la I Brigada Expedicionaria de Mateo Antoñanzas en los frentes vasco y santanderino, y después, sucesivamente, comisario y jefe (con el grado de comandante mayor) de la V Brigada Móvil, en la defensa de Asturias. Tras el hundimiento del frente republicano en el Principado —Marcelino figura en el *Boletín Oficial de la República* como «desaparecido en campaña el 27 de septiembre de 1937»—, se escondió en los alrededores de su domicilio familiar en Olloniego. Hasta que el 7 de noviembre de 1937 tuvo un choque armado con falangistas y guardias civiles y, en represalia, fueron ejecutadas quince personas (familiares y amigos) en su pue-

³ Andrés Sorel, *Búsqueda, reconstrucción e historia de la Guerrilla Española del siglo xx, a través de sus documentos, relatos y protagonistas*, Colección Ebro, Editions de la Librairie du Globe, París, 1970.

⁴ Carlos G. Reigosa, *Fuixidos de sona (Fugitivos de renombre)*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1989, pp. 121-157.

blo natal. A partir de este momento, buscó el contacto con otros fugitivos (Luis Gómez Bueno *Pambarato*, Tomás Fernández *Capitán Fantasma*, Ovidio González *Pollón*, Ovidio Álvarez, Antonio Fernández Setién *Casildo*, Amador y Benjamín Pello, y Aladino González, entre otros). Y, al terminar la guerra y constatar que la represión no disminuía, organizó la salida de España, vía Portugal. Con esta intención, un grupo se desplazó a Galicia en el invierno de 1939. Pero lo que iba a ocurrir difícilmente podría quedar más lejos de lo que *Gafas* había previsto y deseado.

Auxiliados por socialistas gallegos y asturianos, los fugitivos lograron llegar en tren a la estación orensana de A Rua-Petin y después en coche hasta A Gudiña. Desde esta localidad orensana, y conducidos por un guía a través de los montes, pudieron entrar en Portugal y dirigirse hacia Vinhais. Les quedaba por recorrer el tramo aparentemente más fácil hasta Oporto, desde donde un barco los llevaría a América. Pero la falta de enlaces en el país vecino se convirtió muy pronto en un obstáculo insalvable. El propio Marcelino Fernández Villanueva lo contaba en 1977 con las siguientes palabras (que incluyen, además, una breve referencia de su primer encuentro con Manuel Girón):

—En seguida tuvimos enfrentamientos con los carabineros portugueses y, como sólo teníamos armas cortas y bombas, nuestra situación era mala. En la frontera nos apoyaban los contrabandistas a cambio de protección. Habíamos hecho con ellos una especie de «pacto de custodia», pero, para abrirnos paso hacia la costa, nos hacían falta armas largas. Por eso, como no era posible continuar y las armas que necesitábamos estaban en Asturias, decidimos dejar Portugal y, por Orense, retroceder a la Sierra del Eje. Íbamos unos quince o veinte, con un solo guía. Por cierto que, sin darnos cuenta, pasamos cerca del Castillo de Viana, donde estaba la 3.ª bandera del Tercio. La gente, al vernos, decía: «¡Qué valientes son! ¡Qué cojones tienen!». Lo que no sabían es que nosotros no teníamos ni idea de que ellos estaban allí. Así pasamos hacia los valles de Casaio, en la Sierra del Eje orensana.

—¿Qué encontraron allí cuando llegaron?

—*Encontramos grupos de fugitivos carentes de formación política: rebeldes, desertores... Nos recibieron de muy mal humor. Temían que fuésemos a perturbar la tranquilidad con que vivían, limitados a los golpes económicos (...). Por fortuna, a los pocos días llegaron también Manuel Girón Bazán, un hombre extraordinario, y Marcelino de la Parra Casas, ambos ex-combatientes del Ejército Republicano de Asturias y con una formación político-militar. Con Girón venían ocho o diez hombres y el encuentro fue muy cordial*⁵.

Aunque la Federación de Guerrillas de León-Galicia no se constituyó hasta casi tres años después, bien se puede decir que su verdadero origen estuvo en la cordialidad de este encuentro, esto es, en la mutua simpatía que se inspiraron estos dos hombres, que, al cabo, acabarían por ser quizá los más emblemáticos de esta organización guerrillera: Marcelino Fernández Villanueva, en su condición de ideólogo y de organizador político-militar capaz de controlar y reconducir las actuaciones de los grupos de huidos existentes en la zona (El Bierzo, Las Cabrerías y el este orensano), y Manuel Girón, como el carismático hombre de acción investido de un indudable atractivo popular, que hacía de él un líder difícilmente cuestionable en su entorno, a pesar de su escasa formación política —o quizá precisamente por ella—. Pero esto era algo que yo no había descubierto todavía. Por el momento —y aunque sea muy brevemente—, corresponde seguir con la conversación de Oviedo con Marcelino Fernández Villanueva y con César Ríos Rodríguez. Una conversación que se remansó en la referencia que *Gafas* hizo, a petición mía, de algunos de los hombres de la resistencia armada:

Manuel Álvarez Arias *Bailarín*: «Encabezaba el grupo que nos recibió mal en los valles de Casaio. Era un gran cazador, pero no tenía formación política. Recuerdo que siempre llevaba encima

⁵ Carlos G. Reigosa, *Fuxidos*, pp. 126-127.

una bolsita con polvo de San Gil. Hizo gestiones para entregarse y salir bien librado a cambio de entregarnos a nosotros, pero nos avisó a tiempo una cuñada suya que era novia de Girón. Entonces nos propusimos eliminarlo. Pero no hizo falta: la Guardia Civil, al ver que no les servía para cogernos, lo entregó a la justicia. Fue condenado a muerte en Orense».

Los seis hermanos Rodríguez López, de Soulecín: «Cuando ya los cuatro varones se habían tenido que ir al monte, los del Tercio encerraron a las dos hermanas en una bodega y fusilaron en un camino a sus padres. Luego les dijeron a las muchachas: “Ya tenéis a vuestros padres muertos y enterrados”. Los cuatro hermanos varones perdieron la vida en la lucha, en distintos episodios. Se salvaron sólo las dos hermanas. Una de ellas, Antonia, es hoy esposa de César Ríos, y la otra, Consuelo, también está casada en París con otro compañero de la guerrilla: Marino Montes».

Antonio López Fernández *Corchas*, de Villamartín de Valdeorras: «Era un anarquista que escapaba a la disciplina de la guerrilla y que, al darse el caso de una violación, acabó perseguido por la Guardia Civil y por nosotros, que no queríamos dejar sin castigo una actuación que tanto nos desprestigiaba. Al cabo, lo mató un hermano de la muchacha violada y nosotros le hicimos llegar 500 pesetas y una carta de felicitación».

Llegamos, por fin, a Girón. Y Marcelino Fernández Villanueva *Gafasse* manifestó entonces rápido y rotundo, contundente: «Girón —dijo— era el mejor amigo para el amigo. ¡El mejor! Un cordero para el amigo y un león para el enemigo, eso era. Aún me enternece recordar su tremenda ilusión por aprender a leer, cuando nos juntamos. Aprendió con nosotros, en los cursos que organizamos en *Ciudad de la Selva*⁶. Era un tipo verdaderamente fuera de serie».

⁶ *Ciudad de la Selva* era el lugar en que aparecían fechados con frecuencia los llamamientos, actas y convocatorias de la Federación de Guerrillas de León-

2. ODILO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ *BLAS*

Quizá dos años después de la cita anterior —no anoté la fecha en su momento y ahora no puedo determinarla con precisión—, me reuní en Vigo con Odilo Fernández *Blas*, otro guerrillero que llegaba del largo exilio —esta vez de Francia— y que preparaba su definitivo retorno a España. Odilo me recibió con alguna prevención —todavía se atisbaban nubarrones en el horizonte democrático español—, pero en seguida se confió en una larga exposición de su peripecia, desde que se echó al monte en 1945, con diecinueve años de edad, después de una intensa etapa de enlace, hasta que salió de España a finales de 1952, cuando ya se había cumplido el primer aniversario de la muerte de Manuel Girón. Fue, por consiguiente, uno de los últimos en irse. En los montes orensanos quedaba solamente Mario Rodríguez Losada *Pinche*, natural de Langullo (Cesures, Manzaneda, Orense), a quien la fuerza pública daba erróneamente por escapado a Francia en 1950.

En aquella conversación, Odilo, nacido en Correxiais (Vilamartin de Valdeorras, Orense) en 1925, describió algunos pormenores de su vida, sobre todo después del descubrimiento por parte de la Guardia Civil, el 4 de junio de 1945, de una casa en Co-

Galicia, así como muchos de los artículos publicados en *El Guerrillero*. En un sentido físico-geográfico, la *Ciudad de la Selva* se ubicaba en la Sierra del Eje orensana —en los valles que se arraciman en torno a la localidad de Casaio, en los límites con La Cabrera leonesa— y estaba constituida por unos pocos campamentos camuflados entre tojos y zarzas, en los que se organizó un *modus vivendi* guerrillero y se creó una especie de «zona liberada» que era el orgullo de este medio centenar de fugitivos; la única *ciudad* española —decían algunos hombres de la Federación— en la que, por entonces, «ondeaba la bandera tricolor y se podía gritar a pleno pulmón: ¡Viva la República!». (Ver *Fuxidos de sona*, pp. 123-124.)

lumbrianos, cerca de Ponferrada, en donde estaba —o había estado hasta unos días antes— el Estado Mayor de la I Agrupación Guerrillera de la Federación:

—*Había documentos y descubrieron un filón largo. A consecuencia de ello, y sabiendo cómo se las gastaba el franquismo, unos cuantos nos echamos al monte, pensando ya sólo en vencer o morir.*

Odilo Fernández se integró en la II Agrupación Guerrillera (Orense) y fue destinado a la guerrilla que mandaba Evaristo González Pérez, más conocido por *Roces* o *Rocesvinto*, y en la que estaban Guillermo Morán García, Silverio Yebra Granja *Atravesado* y Abelardo Macías Fernández *Liebre*, entre otros. En esta guerrilla —que actuaba preferentemente entre A Rúa y Ponferrada, por El Bierzo Bajo y Toral de Vados hasta Casaio— permaneció varios años, a pesar de las sacudidas políticas y organizativas que sufrió la propia guerrilla y de la creciente represión policial, hasta el extremo de que este grupo fue el último de composición estable y veterana en la provincia de Orense. Sin embargo, el 20 de abril de 1949 la Guardia Civil dio con su paradero —el destacamento guerrillero llevaba por entonces el nombre de Santiago Carrillo, en honor del dirigente del PCE— en la aldea de Chavaga, cerca de Monforte (Lugo). Allí perdieron la vida el propio *Roces*, Guillermo Morán y Julián Acebo Alberca *Guardiña*. Odilo Fernández se salvó de milagro porque, habiendo adivinado el peligro —«*les dije que aquella casa estaba localizada*»—, se había ido a dormir al cercano lugar de Escairón.

—*Aqué fue uno de los combates más contados y el final de unos camaradas que terminaron como buenos guerrilleros.*

Muertos los compañeros y al descubierto muchos de sus apoyos, Odilo Fernández, perseguido y acosado por unas fuerzas que sabían de su presencia en la zona, volvió sus ojos hacia el único lugar que quedaba a salvo: La Cabrera leonesa, donde sobrevivía el último reducto organizado de guerrilleros.

—*Allí mandaba Manuel Girón, flor y nata de las guerrillas.*

Estas palabras de Blas me parecieron entonces tan contundentes que no resistí la tentación de volver sobre ellas, aunque fuese marginalmente:

—*Flor y nata de las guerrillas, ¿por qué?*

—*Por su compañerismo y por su valor. Como él no había otro.*

La respuesta seguía pareciéndome demasiado rotunda para tan poco argumento, pero Odilo no se mostró dispuesto a ampliarla en aquellos momentos. Por el contrario, recuperando el hilo anterior, continuó:

—*En La Cabrera hicimos chozas y por allí anduvimos un tiempo. Quedábamos por entonces diez o doce hombres. Y empezábamos a temer que nos cazaran a todos juntos. Girón y yo opinábamos de dividirnos, pero él nunca se atrevió a dar la orden. Por eso, al final cada uno hizo lo que consideró mejor.*

No hubo más referencias entonces. El nombre de Girón había surgido accidentalmente en la conversación, pero no era —ni remotamente— el objeto de ella. Sin embargo, a base de traerlo y llevarlo —casi siempre envuelto en definiciones sumarias—, comenzaba a salir de la nebulosa de lo común y empezaba a ganar diferencia e individualidad, lo que es tanto como decir atractivo. ¿Qué clase de atractivo? Al menos, el derivado del profundo contraste que ofrecía la versión de Aguado Sánchez con la de Marcelino Fernández. En este punto estábamos a estas alturas de la aproximación, todavía casual, a su figura.

3. MARIO RODRÍGUEZ LOSADA *PINCHE*

Mario Rodríguez Losada fue el maquis español en activo que abandonó más tarde el monte, para tomar el camino del exilio. Él fue en verdad el último. Resistió en las ásperas sierras orensanas la friolera de treinta y dos años, desde el 25 de julio de 1936 hasta el 29 de agosto de 1968, en que cruzó la frontera hispano-francesa.

Natural de Langullo (Cesures, Manzaneda, Orense), donde nació en 1914, Mario Rodríguez Losada aparece citado por Aguado Sánchez al frente de una «partida que destacó por su ferocidad y salvajismo a partir de 1941» y en cuyo historial «hay que recordar quizá la de mayor salvajismo de toda la época bandoleril, el del asesinato del párroco de Cesures-Manzaneda, al que degollaron como una res, le cortaron luego la cabeza para llevarla como trofeo por las aldeas cuando hacían acto de presencia, abandonándola finalmente en el domicilio de una maestra rural, cuando su estado de putrefacción estaba muy avanzado»⁷. Es decir, era otro personaje que parecía querer perderse en una galería —en este caso finistérica— de hombres lobos, hidalgos locos y fieros agavi-llados.

Mario Rodríguez Losada, más conocido como *Mario de Langullo* o *Pinche*, regresó a España a finales de los años setenta, a su casa de Langullo, y en 1980 el periodista gallego Juan López Rico y yo tuvimos ocasión de entrevistarle en su casa natal; entrevista que aparece publicada en *Fuxidos de sona*⁸. Mario Rodríguez Losada, a quien volví a ver en 1985, cuando ya vivía con su compañera Gloria en Seadur (Larouco, Orense) —después de una corta residencia en Ponferrada—, falleció el 7 de julio de 1985 en esta localidad orensana. En este tiempo rechazó varias solicitudes de entrevistas, peticiones para comparecer en TVE (en los tiempos de Calviño) y ofertas de una conocida revista de ámbito nacional. Mario no quería hablar porque —según dijo— «no vale la pena: no se puede cambiar nada del pasado; es mejor dejarlo como está, olvidarlo».

En aquella larga conversación, que tuvo lugar en Langullo y en Trives, Mario Rodríguez Losada recorrió los delicados trances de su vida y de la resistencia armada antifranquista, a la que siem-

⁷ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., p. 662.

⁸ Carlos G. Reigosa, *Fuxidos...*, pp. 87-110.

pre estuvo vinculado, pero en la que no siempre fue un soldado disciplinado. Rechazó su implicación directa en el asesinato del cura de Cesures, pero en cambio admitió su culpa en un suceso que Aguado Sánchez calificó de «hecho criminal de los más repulsivos de toda la historia del bandolerismo»⁹.

Se refería al trágico resultado de un atraco, el 21 de octubre de 1942, que significó la muerte para cinco personas en la aldea de Gándara, cerca de Monforte. Las víctimas fueron Constantino González, de cincuenta y cinco años; sus hijas María, de diecinueve, y Remedios, de dieciséis; un religioso de cuarenta y cuatro años y Nieves Soto Castaño, de veintiocho. Hubo además dos heridos: una señora de sesenta años y su nieta de cuatro. Mario Rodríguez Losada rememoró con dolor este «accidente» en la conversación que mantuvimos:

—*Algunos días estoy sin pensar en nada y de repente se me viene a la cabeza la historia de la aldea aquella. No se me irá en la vida de la memoria lo que tuve que hacer allí, aquella marranada...*

—*¿Cómo fue?*

—*Nos habíamos dividido en dos grupos porque la aldea tenía tres o cuatro barrios y no debíamos entrar todos por el mismo sitio, si queríamos controlar la situación. Iban conmigo Manuel García Porco y un chico de San Clodio al que mataron después. Y ya había escogido para mí la peor casa, la casa con la que nos habían metido más miedo y que fue, justamente, en la que se defendieron. Y se defendieron porque yo iba solo.*

—*¿No quedamos en que iba acompañado?*

—*Entré solo porque el que tenía que entrar conmigo, no entró, porque era un cobarde. Si entra conmigo, no habría pasado nada de lo que pasó.*

—*¿Quién tenía que entrar con usted?*

⁹ Francisco Aguado Sánchez, ob. cit., p. 668.

—El Porco... *Si entra conmigo, no se mueve nadie o son unos suicidas, porque sabían que caían en el momento. Pero, claro, entré yo solo y los tres hombres que había allí, al verme solo... Había un tiorrón, el hijo, grande y fuerte, que, si me dejó echar las garras, acaba conmigo.*

—*¿Cómo pasó todo?*

—*Iba a cachear al hijo, lo estaba cacheando ya, cuando, de repente, el padre se echó sobre mí. Reaccioné rápido, tiré de él para la puerta de fuera y apreté el gatillo, pero en el forcejeo él había corrido un dedo por el cerrojo y lo tenía precisamente sobre la aguja. De manera que apreté el gatillo y nada, no pasó nada... Me vi muy apurado. Porque el arma larga la llevaba al hombro y no me servía, y sólo me quedaba una pistola pequeña que llevaba enfundada al cinto. Pero como yo llevaba el abrigo puesto, llevaba el correa y tenía al viejo agarrado... Me cago en diola, lo pasé muy mal. Hasta que por fin logré pasar la pistola de la mano derecha a la izquierda, con el viejo preso a ella, y pude sacar la otra... ¡Y el Porco sin subir! Porque si sube, no pasa esto, hombre.*

—*¿Qué siguió después?*

—*Yo, al verme tan apurado, había tirado del viejo para fuera; la puerta de la cocina se había cerrado y dentro quedaban todos los demás. Les dije que abriesen la puerta, se lo dije varias veces: que sí, que no... pero ya fue entonces cuando oí la ventana y ¡trrrraaaass!... No quiero ni pensarlo. Mejor me fuera no haber tirado ni nada.*

—*Pero, ¿quién tiraba del otro lado?*

—*Nadie. ¿Quién iba a tirar?*

—*¿Y el hijo tampoco estaba armado?*

—*No.*

—*¿Quien apareció entonces en la ventana?*

—*Era una cocina estrecha y larga, y la ventana estaba justo enfrente de la puerta. Ellos, en vez de abirme la puerta, abrieron la ventana y se tiraron por ella. Y yo, como los vi... ¡Por qué no dejaría escapar a todocristo! ¡Después estuve más arrepentido! (...) No quiero*

*hablar más de esto. Ya pasó a la historia ¡y al carajo!... Son cosas que me joden más que la madre que las parió*¹⁰.

La conversación fue, al cabo, larga y clarificadora y se extendió a numerosos aspectos de la vida de los huidos, tanto en su etapa de fugitivos aislados como en la de combatientes encuadrados en unidades que practicaban la lucha de guerrillas. Sin embargo, en toda ella, grabada en cinta magnetofónica, no salió ni una sola vez el nombre de Manuel Girón Bazán. Sólo surgió, brevemente y ya a magnetófono apagado, cuando nos recreábamos comentando peculiaridades de los más conocidos hombres del monte: *Gafas*, Mario y Guillermo Morán, Arcadio y César Ríos, Abelardo Macías, Abel Ares, Manuel Álvarez Arias *Bailarín*, etc. Mario de Langullo pronunció entonces unas palabras que, sin que pueda asegurar su absoluta literalidad, recuerdo como sigue:

—*Era un gran guerrillero y un gran compañero. Y no debiera quedar impune el crimen que cometieron con él. A veces aún pienso que habría que... que yo debería hacer algo. Fue un crimen muy feo. Porque, si te matan en combate, vale, pero acabar así, traicionado y sin que pase nada, sin que nadie haga nada...*

—*¿A quién culpa usted?*

—*A quien culpa todo el mundo: a la mujer que lo entregó, a Alida González.*

—*¿Seguro que fue ella?*

—*Eso me dijeron algunos enlaces entonces, y eso dijo la Guardia Civil. Además, ahí están los hechos: la soltaron nada más cogerla. Si no hubiera colaborado con ellos, hubiera pasado muchos años en la cárcel, como pasaron otros compañeros. Y si ha traicionado así, no sé, aunque sólo fuera para hacerle justicia a Girón...*

No eran unas palabras dichas para publicar, pero tampoco hubo en ellas ningún especial *off the record* que impida hacerlo (so-

¹⁰ Carlos G. Reigosa, *Fuxidos...*, pp. 99-101.

bre todo, a estas alturas). Las traigo a colación sólo para ilustrar testimonialmente el estado de la cuestión en este delicado asunto todavía en 1980, casi treinta años después de la muerte de Manuel Girón en un roquedal de Molinaseca (León).

III

Girón a ojo de historiador

Hartmut Heine, joven historiador alemán, fue el primero que ofreció un estudio sistematizado de la guerrilla antifranquista en Galicia y, por extensión natural, en El Bierzo y La Cabrera. A partir de un trabajo que el autor entregó como tesis de licenciatura en el Ealing Technical College de Londres —los caminos del Señor siguen siendo inexcrutables—, Heine elaboró su documentado y riguroso libro, que vio la luz en Galicia y en gallego en 1980¹. La sorpresa de algunos fue entonces mayúscula al percibir las extraordinarias proporciones del movimiento de huidos y de la resistencia armada en el noroeste español.

El libro de Hartmut Heine, levemente discutido por el sesgo ideológico de algunas de sus evaluaciones (en este caso, favorables a los guerrilleros), vino, sin embargo, a poner muchas cosas en orden en esta intrincada peripecia. Su contribución testimonial, con referencias de primera mano, una buena parte de ellas obtenidas

¹ Hartmut Heine, *A guerrilla antifranquista en Galicia*, Edicions Xerais de Galicia, Vigo, 1980.

en los mismos lugares en que ocurrieron los hechos², constituye una aportación de primera magnitud, bien trabada expositiva y metodológicamente (aunque quizá desprovista en exceso de pasión humana individualizadora, probablemente por su querencia áridamente histórica). Es, por lo tanto, un libro cualificado, que debe ser tenido en cuenta a la hora de escribir de aquel período histórico en el ámbito gallego-leonés.

En su obra, Hartmut Heine habla, como es natural, de Manuel Girón. Y después de referir en un pie de página que nació en 1919 en Los Barrios de Salas-Ponferrada, hace de él la siguiente presentación:

Manuel Girón, conocido en tiempos de paz por las gentes de La Cabrera y del Bierzo como magnífico cazador, había huido con su hermano José al monte en los primeros días de la guerra para pasarse después a Asturias, donde los encuadraron en la División Recalde (o División B, mandada por José Recalde) especializándose en penetrar en la retaguardia enemiga para cometer actos de sabotaje. Militante de UGT, era analfabeto como muchos de sus contemporáneos y sólo aprendió a leer unos años después, en la guerrilla; pero este defecto lo compensaba plenamente con una gran voluntad, ciertas dotes de mando y unos perfectos conocimientos de todo El Bierzo, La Cabrera y los montes de Casaio³.

Son unos datos detrás de los cuales se adivina el aliento informador de Marcelino Fernández Villanueva y de César Ríos Rodríguez. Pero prosigamos. Porque en las mismas líneas Heine presenta a dos personajes relevantes en esta historia: Marcelino de la Pa-

² Por entonces nuestros pasos —los suyos y los míos— se cruzaron ante muchas puertas, en una similar labor indagatoria, sin que nunca llegásemos a encontrarnos.

³ Hartmut Heine, ob. cit., p. 25.

rra Casas, militante de la CNT, oriundo de la capital leonesa y compañero de Girón en la División Recalde (donde nacen los profundos lazos que los unieron toda la vida), y Abel Ares, socialista de Toral de los Vados y hombre de 1,90 metros, que «actuaría en la guerrilla como un San Cristóbal contemporáneo, llevando a espaldas a sus compañeros a través de los ríos y regatos del Bierzo y de La Cabrera cuando el deshielo los había trocado en caudalosas corrientes»⁴.

El historiador alemán describe la evolución de los huidos conforme pasan los años y establece claramente unas líneas divisorias entre las actuaciones organizadas y aquellas que no lo fueron. En este sentido, advierte que, después de la caída del frente republicano en Asturias —y cuando ya la guerra civil tocaba a su fin en España—, la tendencia al bandolerismo imperaba entre los huidos galaico-leoneses. «A pesar de contar en sus filas con elementos políticamente muy definidos, como Girón, De la Parra, Ares y otros —dice Heine—, esta tendencia a la despolitización total de sus acciones en los grupos de huidos del sudeste de Lugo y la banda oriental de Orense posiblemente hubiera continuado hasta desembocar en la lucha por la mera subsistencia, y de allí al bandolerismo, si a finales de 1939 no se hubiera producido un acontecimiento que iba a cambiar considerablemente el rumbo de varios de los grupos...»⁵. Se refiere a la llegada de los asturianos encabezados por Marcelino Fernández Villanueva (Luis Gómez Bueno *Pambarato*, Ángel Rodríguez Saldaña, Amador y Benjamín Pello, Tomás Fernández *Capitán Fantasma*, Aladino González y Ovidio González *Pollón*, entre otros). Y alude también a la incorporación posterior —en mayo de 1940— de otro grupo, procedente de la cuenca del Nalón, en el que estaban Arcadio y César Ríos Rodríguez, Guillermo y Mario Morán García, Valentín García, Agustín y Alfredo Blanco, Serín, etc.

⁴ Hartmut Heine, ob. cit., pp. 25-26.

⁵ Hartmut Heine, ob. cit., p. 29.

Girón y De la Parra —añade el historiador alemán— «no tardaron en reconocer la superior formación intelectual y política, así como las dotes organizativas, que habían adquirido como militantes de los partidos socialista y comunista y como oficiales del Ejército republicano algunos de los asturianos; aceptándolos, por lo tanto, si no como dirigentes, al menos como compañeros dotados de palabra que tenía un peso especial»⁶. Un reconocimiento que no compartía el valdeorrés Manuel Álvarez Arias *Bailarín*, que, harto de soportar endocrinamientos y replanteamientos que desfavorecían su liderazgo, el 2 de agosto de 1940 se presentó al jefe de la IV Columna de Operaciones, con sede en El Barco de Valdeorras, y le ofreció su colaboración para eliminar a los «políticos». La historia acabó como ya nos contara *Gafas* en 1977: con *Bailarín* juzgado sumarísimamente y ejecutado en Orense.

Fue entonces cuando se produjo un acuerdo entre las fuerzas encargadas de la represión en España y Portugal, destinado a aliviar de huidos y de contrabandistas la frontera con Galicia. Para ello, pusieron en marcha una «operación tenaza» sobre la *raía*, con el objeto de estrangular la incipiente organización de los distintos grupos. Advertidos a tiempo de la maniobra, *Gafas* y los asturianos, junto con algunos gallegos y leoneses, se internaron en Portugal con el propósito de situarse por debajo de la zona en que empezaba la «operación tenaza» sobre la frontera. Se había puesto así nuevamente en marcha su segundo intento de salir de España, de la península, por algún puerto portugués. Un nuevo intento que terminaría en el fracaso, con varios muertos en enfrentamientos y en temporales de nieve.

De retorno a la *Ciudad de la Selva*, los asturianos fueron *repartidos* entre los distintos grupos de fugitivos galaico-leoneses, quedando unos por El Bierzo con Abel Ares, Abelardo Macías y

⁶ Hartmut Heine, ob. cit., p. 35.

los hermanos Nieto; otros por la zona orensana de Trives-Valdeorras con Sebastián Rodríguez López y Arturo de Correxiais, y un tercer grupo —en el que estaba *Gafas*—, por La Cabrera con Girón, De la Parra y Eduardo Pérez *Tameirón*. Asimismo, y para evitar que los distintos grupos, aislados, volvieran a las andadas, se acordó que el grupo de Girón, con *Gafas*, cumpliría misiones de dirección ambulante, viajando constantemente por la zona galai-co-leonesa «para asesorar a los diversos núcleos y coordinar su actuación, imprimiéndoles mayor carácter político y netamente republicano a sus actividades»⁷.

En 1942, por fin, se constituyó la Federación de Guerrillas de León-Galicia, con reglamento y estatuto propios y un mando central o Estado Mayor formado por Marcelino Fernández Villanueva *Gafas*, como jefe, y Mario Morán y Marcelino de la Parra, como ayudantes, los dos primeros socialistas y el tercero cenetista. Esta constitución fue posible gracias a la actitud favorable de hombres como Manuel Girón, Abel Ares, Abelardo Macías y los hermanos Victoriano y Severino Nieto. Con lo cual se produjo un cambio cualitativo en el monte, al comparecer como guerrilleros organizados quienes hasta entonces habían sido huidos avecindados en el bandolerismo. Una prueba de este cambio, y en un ámbito muy concreto, puede deducirse de los siguientes datos: de los catorce sacerdotes asesinados en la diócesis de Astorga entre mayo de 1937 y octubre de 1945, once lo fueron antes de 1942 y sólo tres después de este año, cuando ya la organización estaba en vigor y cada guerrillero debía rendir cuentas de sus actuaciones y de la adecuación de las mismas al objetivo común definido por los órganos soberanos de la guerrilla.

De las acciones armadas acontecidas en aquella época, Heine hace escasa referencia, pero sí incluye una de las más conocidas: el

⁷ Hartmut Heine, ob. cit., p. 40.

asalto al coche de línea Truchas-La Bañeza. Heine lo cuenta como sigue:

La noche del día 4 de septiembre de 1942, una partida de doce guerrilleros bajo el mando de Manuel Girón cortaron la carretera de Truchas a Castrocontrigo, en el término de Morla, para detener el coche de línea que hacía el servicio entre Truchas y La Bañeza en el que sabían que viajaba el recaudador de contribuciones de la comarca. Al aproximarse al coche, sobre las ocho de la mañana siguiente, los guerrilleros entablaron un tiroteo con dos números de la Guardia Civil que viajaban de escolta; resultando muertos en este choque el número Isidro Fuentes Tejerina y su compañero, además del párroco de La Cuesta y varios viajeros más. En el curso de las investigaciones que siguieron a este suceso los servicios correspondientes de la Guardia Civil y del Ejército mataron a Plácido Pajares Quiroga, de Quintanilla de Yuso-Truchas, y detuvieron a Prudencio García Rodríguez, de Pombriego, y a 17 personas más⁸.

Mientras, la organización crecía y en 1943, en la primera planta de un salón-baile de Santalla, cerca de Ponferrada, nació la publicación *El Guerrillero*, la primera que en la posguerra llevó este nombre en España y que fue ejemplo seguido por las demás agrupaciones guerrilleras antifranquistas que surgieron en el territorio nacional.

El resto de las alusiones de Heine al maquis de Los Barrios se refieren a los momentos posteriores a la disolución de la Federación de Guerrillas de León-Galicia, cuando Girón, Abelardo Macías y Enrique Oviedo *Chapa*, entre otros, «volvieron a la situación de absoluta autonomía en que se habían encontrado antes de la fundación de la Federación, aunque en ocasiones actuaban con-

⁸ Hartmut Heine, ob. cit., p. 49.

juntamente con los guerrilleros de la II Agrupación del Ejército (Guerrillero de Galicia)»⁹. A renglón seguido, el historiador alemán hace una especie de saldo o balance:

Entre las acciones que fueron atribuidas a estos grupos autónomos de Girón y otros ex-guerrilleros de la Federación está la muerte del cabo de la Guardia Civil Alfredo Núñez Jares, acaecida en un encuentro el día 4 de mayo en el término de Viana do Bolo, la eliminación del guardia del servicio de información de la Guardia Civil de Pongerrada, Blas Díez Abramo, del que se había descubierto en junio de 1947 su infiltración en la Federación, provocando la muerte de Abramo el día 6 de aquel mes y la caída de su compañero Manuel López Aizpuro en un enfrentamiento que tuvo lugar el día 12 del mismo mes, y la eliminación el día 15 de julio de los falangistas Domingo Enríquez Rodríguez y Ramón Crespo Feijoo, de Aguil-San Juan de Pombeira-Castro Caldelas y Santa María de Boazo-Teixeira-Castro Caldelas, respectivamente¹⁰.

Llegado a este punto, Heine se apresta a contar ya la muerte de Manuel Girón, una muerte que estaría precedida por las de los otros conocidos veteranos de la resistencia: Marcelino de la Parra, detenido en la frontera hispano-francesa en 1948, condenado a muerte y ejecutado en León el 8 de noviembre de ese mismo año; Abelardo Macías *Liebre*, muerto el 17 de marzo de 1949 en un enfrentamiento con la fuerza pública en Vega de Valcarce, en los límites de León y Lugo, y Enrique Oviedo *Chapa*, que probablemente se suicidó al quedarse sin munición en un cerco de la Guardia Civil el 27 de noviembre de 1950 en Paradela de Muces. Seis meses después sonaría la hora de Girón. Heine lo cuenta como sigue, como si no tuviera ninguna duda de las versiones de que dispone:

⁹ Hartmut Heine, ob. cit., p. 204.

¹⁰ Hartmut Heine, ob. cit., pp. 204-205.

La eliminación de Manuel Girón, el guerrillero más conocido del Bierzo y de La Cabrera, que se estaba convirtiendo en un mito entre las gentes de la zona, obsesionó tanto a las fuerzas represivas que éstas llegaron a convencerse de que uno de los guerrilleros que habían matado en el incidente referido¹¹ era Girón, y así lo proclamaron en una publicación interna del cuerpo (*Guardia Civil*, abril 1949), pero tenían que pasar unos dos años más hasta que tuvieran la satisfacción de contemplar el cadáver de Manuel Girón. (...)

Finalmente, después de haber estado casi catorce años en el monte, el día 2 de mayo de 1951, en un tiroteo con la Guardia Civil en Molinaseca-Ponferrada, murió Manuel Girón Bazán. Para convencer a la población del Bierzo, y posiblemente para convencerse a sí mismas, de que Girón había muerto realmente, las fuerzas represivas expusieron su cadáver en un escaparate de Ponferrada. Para atrapar a su presa más preciada, la Guardia Civil había tenido que valerse de la traición: el guardia jurado de una mina de Los Barrios de Salas-Ponferrada, hijo de la compañera de Girón, había llegado a una inteligencia con la Benemérita según la cual ésta haría posible la vuelta de su madre a una existencia normal a cambio de recibir las informaciones que condujesen a la liquidación de Girón. De hecho, los dos bandos respetaron el acuerdo; de manera que, tras la muer-

¹¹ El 24 de febrero de 1949, la Guardia Civil, sabedora de que un grupo de maquis se dirigía de Otero a Berlanga, en Vega de Espinaredo, dispuso una *espera* en el monte de Castellanos. En el tiroteo que se produjo a las doce de la noche —y en el que los guardias utilizaron pistolas de iluminación— cayeron muertos dos fugitivos, que fueron identificados como Manuel Girón Bazán y Alfonso Rodríguez López. Así lo publicó la *Revista de la Guardia Civil* núm. 61 (mayo de 1949), afirmando que habían sido «muertos en lucha acaso los dos bandidos más temidos en la citada provincia (León) y en la de Orense» (p. 55). La realidad era que los muertos habían sido Alfonso Rodríguez López, uno de los hermanos de Soulecín, y el andaluz Enrique Orozco, fugado de las minas de Casaio e incorporado a las guerrillas. La hora de Girón aún no había llegado.

te de Girón, la mujer volvió a vivir en Los Barrios sin ser molestada por las autoridades¹².

Hasta aquí la versión de un historiador cabal que, si no pone un especial énfasis en la figura de Manuel Girón, sí ofrece una visión que lo personaliza y distingue y, lo que es más importante, lo sitúa en un entorno adecuado, con referencia de las distintas etapas organizativas, conforme los años y los acontecimientos internacionales van desfilando sobre las esperanzas y desesperanzas de estos hombres perseguidos. La figura de Girón ha emergido así quizá lo suficiente para que comencemos a preguntarnos por ella insistentemente en las páginas que siguen.

¹² Hartmut Heine, ob. cit., pp. 204-205.

IV

...Y un león para el enemigo

Marcelino Fernández Villanueva, César Ríos y Mario Morán, tres de los máximos dirigentes de la Federación de Guerrillas de León-Galicia, se reunieron en España en el verano de 1985, por iniciativa de la Fundación Pablo Iglesias. En la sede de esta institución en Madrid se sometieron a largas entrevistas, a cargo de dos historiadores, sobre líneas organizativas y acontecimientos relevantes de la lucha de guerrillas que vivieron. Asimismo, los tres guerrilleros protagonizaron en el otoño de aquel mismo año un episodio de la serie *Vivir cada día* de TVE¹, que mostraba su reencuentro con las personas y los espacios de sus tiempos de combatientes por tierras de Galicia, Asturias, León y norte de Portugal.

Del tiempo de esta filmación hay una parte que tiene utilidad en estas páginas. Porque el cuarto protagonista de aquel guión televisivo era yo mismo (es decir, un periodista que se manifestaba

¹ El filme, dirigido por Antonio Artero, se tituló *Tres octubre*, en referencia a que en este mes se produjeron la revolución de Asturias (1934), la caída del frente republicano en el norte (1937) y la salida de los tres maquis de España (1948).

interesado en conocer la verdad de unos hechos y que les brindaba a los tres la oportunidad de recorrer la geografía de su lucha guerrillera treinta y siete años después de su salida de España). Esto me permitió convivir con ellos, hora a hora, durante dieciséis días, desde el 8 al 24 de octubre de 1985. Las conversaciones entonces mantenidas y los encuentros presenciados llenan las páginas de *El regreso de los maquis*², un libro en el que quise ofrecer una visión de aquella lucha desde la propia memoria de sus protagonistas, secundada por datos históricos fiables.

Los asuntos de que hablamos durante aquellos días fueron varios —el tiempo dio para mucho—, pero, a los efectos de lo que aquí interesa, importan sólo las referencias, frecuentes, a Manuel Girón Bazán, que ya por entonces se había convertido en un objetivo paralelo de mi indagación. Y fue el día 14 de octubre de 1985, al caer la noche en un hotel de Ponferrada, cuando Girón tuvo una sesión específica, que empezó con *Gafas* y yo acodados en la barra del bar, a la espera de que bajaran de sus habitaciones César y Mario.

Empecé entonces por recordarle a Marcelino sus palabras de 1977, cuando, al contarme su primer encuentro con Girón, después de su intento fallido de salir por Portugal, me dijo:

... pero el problema seguía siendo el mismo: no teníamos armas largas, sólo cortas y bombas. Por eso, proyectamos ir a Villavieja (León) y hacernos con algunas. Recuerdo que fuimos un domingo; fuimos a la iglesia y allí, en la misa, los cogimos a todos. Llevábamos una lista con los más caracterizados, que nos fueron entregando en sus casas las armas que tenían y, cuando terminamos, yo mismo pedí perdón por aquella profanación en la iglesia y les expliqué que era un suceso de guerra. Pero, cuando ya salíamos, fuimos sorprendidos por guardias ci-

² Carlos G. Reigosa, *El regreso de los maquis*, Ed. Júcar, Madrid, 1992.

viles, soldados y falangistas. Estábamos rodeados y tuvimos que romper el cerco a tiro limpio. Allí perdimos a Ángel Rodríguez Saldaña y resultamos heridos Benjamín Pello y yo. Después, como pudimos, nos reencontramos y reinternamos en La Cabrera leonesa. Allí yo cogí una pulmonía que me obligó a quedar en la zona, mientras unos compañeros salían para Asturias en busca de hombres y de armas eficaces³.

Marcelino Fernández Villanueva *Gafas* quedó un instante meditabundo y luego rompió a hablar. Lo que sigue es la transcripción de sus palabras, esto es, la transcripción de la charla que entonces mantuvimos:

—Yo siempre le llamé «Mi protector», con esto te digo todo —empezó diciendo *Gafas*—. Era un hombre extraordinario. Y en el combate era un auténtico león. Yo siempre decía que para Girón cincuenta enemigos eran pocos. Y lo eran. Tuvieron que juntarse muchos más y la traición para acabar con él.

—Pero ¿quién era? ¿Cómo era?... Creo que podríamos hablar de él en detalle.

—Era natural de Los Barrios de Salas, cerca de Ponferrada, y durante la guerra actuó, como Parra, en la División Recalde, con misiones especiales de sabotaje y demás en la retaguardia del enemigo. Cuando nos encontramos, después de la caída de Asturias, nos brindaron todo su apoyo. Girón y Parra eran entonces jefes de grupo y, nada más vernos, nos abrazaron, abrieron sus mochilas y nos dieron de todo. En aquel ambiente hostil con que nos recibieron los fugitivos de los montes de Casaio, bien se puede decir que Girón vino a ser nuestro salvador. Él fue quien nos ayudó y quien nos orientó cuando fuimos a Villavieja a por armas.

Gafas, con expresión abstraída, precisaba y desmenuzaba el recuerdo. Ni siquiera miró el vaso cuando dio un nuevo trago.

³ Carlos G. Reigosa, *Fuxidos...*, p. 129.

—Fue en este episodio cuando yo caí herido. Habíamos ido al pueblo a por las armas y ya las habíamos recogido cuando, de repente, fuimos sorprendidos por una fuerza combinada de guardias civiles, falangistas y soldados. Logramos salir a tiro limpio, aunque allí cayó Ángel Rodríguez Saldaña. Fue entonces cuando unos compañeros salieron hacia Asturias y enlazaron con César Ríos, Mario Morán y los otros. Antes de que partiesen, Girón les dijo: «Vosotros marcharos tranquilos, que éste duerme hoy en la casa de un cura». Y así fue: me llevó hasta la casa de un cura, en La Cabrera. El cura no me admitió porque tenía en casa obreros de otros pueblos, que no eran de confianza, y entonces Girón me llevó a la casa de un alcalde. Por estos pueblos de La Cabrera, Manuel Girón gozaba de una popularidad extraordinaria y era muy querido desde sus tiempos de cazador. Porque Girón había sido y era un gran cazador.

—¿Cómo era físicamente?

—Era un poco más bajo que Mario Morán, bien conformado, con rasgos de dureza, siempre con el cigarro en la boca, aunque sin tragar el humo. Tenía el pelo rizo y la frente más bien estrecha.

—¿Y su mirada? Se dice que era severa, dura...

—Era dura, sí; una mirada dura. Era una de esas miradas que, cuando quería, fulminaba. Después del choque de Villavieja, en que resulté herido, sufrí una pulmonía. Recuerdo que el médico que me trajeron temblaba sin parar, porque había una concentración de fuerzas en las proximidades y nosotros teníamos que salir de la zona como fuera. Yo estaba en una choza y llevaba varios días sin comer. Sobre el punto del costado me aplicaban unas alpargatas de esparto calientes. *Capitán Fantasma* decía: «A este tío lo conozco desde niño y, si no come, es que está muy jodido». Pero había que salir de aquella zona y nos pusimos en camino. Como estaba mal, a mí me relevaron de llevar toda carga. Y entonces ocurrió lo que te iba a contar. Nos cruzamos en la sierra con un

grupo de arrieros. Los detenemos y, al registrarlos, se les encuentran carnets de Falange. Puedes imaginarte cómo enfureció esto a Girón en aquellos momentos de persecución. Empezó a darles golpes sin parar y los dejó maltrechos. A mí se me ocurrió decir entonces: «Tengo aquí el botiquín, ¿por qué no los curamos?». Me echó una de esas miradas duras que casi me fulmina. «Déjalos que se mueran», dijo con rabia. Eran seis o siete arrieros, pero los castigados fueron sólo los dos que llevaban carnets de Falange.

Un nuevo trago y un nuevo recuerdo. El silencio del bar, en el que estábamos solos, favorecía el relato de lo personal sin prevención ni desconfianza.

—Un día bajábamos por el Teleno... Dos enlaces nos habían dado una relación de unos personajes enemigos y su posición económica. No recuerdo el pueblo. Entré con Parra en una casa y, no sé cómo fue, uno de los de la casa, el que buscábamos justamente, saltó por la ventana de la planta baja y se echó fuera. Parra le disparó, pero felizmente le falló la pistola. Porque aquel hombre era un republicano que había estado en la cárcel hacía muy poco. Y descubrimos que algunos de los nombres que estaban en la lista con la cruz de peligrosos eran precisamente de los nuestros... De los dos que nos dieron la lista, Girón fue a por uno de ellos y, de los golpes que recibió, se murió, como escarmiento para infiltrados, resentidos o traidores. A partir de entonces, cada vez que nos daban una lista, decía: «Recordad lo de Fulano, a ver qué lista nos dais».

Estábamos en este tramo de la charla cuando César y Mario aparecieron por la puerta y se sumaron a la conversación.

—Girón era un excelentísimo compañero para todos —aseguró Mario, nada más darse cuenta del asunto que tratábamos—. Era bromista e irónico, pero sobre todo era un gran compañero. Era un hombre tan abierto de corazón que no tenía corazón para sí mismo, sino que todo era para nosotros.

—Pero con los enemigos... —insinué.

—Eso sí: frente a un enemigo declarado se comportaba como un enemigo declarado.

Mario no dijo nada más. Fue contundente en la respuesta y no creyó que precisase de más explicaciones. Busqué con la mirada la expresión de César, que me pareció prevenida, y le invité a hablar.

—Yo tuve una relación excelente con él, sin ningún problema nunca. Era un hombre muy popular y nosotros explotamos su popularidad, primero para conquistar su zona y después, con su colaboración, para agrandarla.

—Tenía un gran carisma. La gente le quería —reiteró *Gafas*

Se hizo un largo silencio, que rompí con un vago comentario que albergaba algún recelo:

—Lo pintáis como un hombre excepcional, sin defectos...

El silencio se renovó y duró hasta que un *Gafas* sonriente tomó de nuevo la palabra:

—Bueno, todos teníamos que rendir cuentas de pagos o gastos y las de Girón eran, en fin, las cuentas del Gran Capitán. Siempre aparecían zapatos que no había comprado y cosas así, que se le consentían a él por ser quien era, por el inmenso cariño popular que se le tenía y que tanto nos favorecía a todos nosotros.

—Aguado Sánchez —dije— lo describe como «el primer “capitán” de forajidos de extremada peligrosidad en la región gallego-leonesa». ¿Tenía realmente dotes de mando? ¿Cómo se explica, si era así, que vosotros controlaseis el Estado Mayor de la Federación?

El silencio iba y venía, y esta vez volvió, pero no para permanecer, porque César, sintiéndose quizá obligado por haber sido el jefe de la Agrupación leonesa en la que estaba encuadrado Manuel Girón, se decidió a hablar extremando la cautela:

—Dotes de mando..., no. Girón era el mejor compañero, el mejor amigo. Era ideal andar con él. Pero de cuestiones de organización no quería saber nada. En la Jefatura no le gustaba estar y en seguida se marchaba de viaje. Quedábamos entonces al frente Abel Ares y yo. A Girón se le convocaba periódicamente y era un

hombre voluntario para todo. Pero el trabajo diario no le gustaba. Era, si se quiere, un hombre de acción.

No resultaba fácil hablar del amigo, y menos si no era para ensalzar su figura.

—¿Qué armas tenía? —pregunté, reorientando la conversación.

—Lo primero que hay que decir —precisó *Gafas*— es que las armas de Girón y las de Parra eran las mejor cuidadas, siempre limpias y bien engrasadas. Girón usó primero un fusil común y luego consiguió, no sé cómo, una carabina ametralladora, que era su inseparable.

—A mí —añadió César— me dejó la carabina hasta que después *me tocó* una, en un combate, de los guardias de Villafranca, allá por marzo de 1946. Yo antes tenía un fusil. Girón consiguió la carabina en Villavieja (Orense), por medio de Cándido Losada. Cándido estaba en la frontera; allí compraba las armas, las traía desde Barcelona y las vendía aquí. Girón se la compró hacia 1942. Después trajeron la pistola ametralladora de Parra. La carabina, que era un naranjero con un cargador de cincuenta tiros, costó 2.000 pesetas; 1.500 la pistola-ametralladora, 500 la pistola del nueve largo o corto y una peseta cada tiro.

Los silencios que salpicaban la charla se alimentaban de prevención o simplemente de precaución. Mario, *Gafas* y César no estaban dispuestos a consentir ninguna indiscreción que pudiese dañar la imagen de su admirado compañero, con el que los tres se consideraban en deuda.

—Mira —dijo Mario—, de Girón sólo pueden hablar mal sus enemigos.

—Estos enemigos le atribuyen varias muertes —le advertí.

—En el tiempo que yo estuve con él —insistió Mario— no supe de nadie muerto por Girón.

—Antes de que existiera la Federación —matizó César— eliminaron a delatores y falangistas, entre ellos al cura de Corporales

allá por el 39. Por cierto, que su sucesor era amigo nuestro y hablaba bien de la Guardia Civil y muy mal de los falangistas.

Aproveché un nuevo silencio para decirles que no quería que mi curiosidad por Girón les resultase incómoda.

—No, no hay ese problema —respondió *Gafas* con rotundidad.

—Quisiera poder mostrarlo como era, con esas dos caras que tenemos todos —insistí.

—Es natural. Pero también debes comprender nuestros reparos, nuestros temores. Es un hombre del que se dijeron muchas barbaridades. Hay que ponerse en aquella situación para entender las cosas. Uno teme los equívocos, las malas interpretaciones. Piensa lo que le debo, lo que le debemos los tres, a Girón. Te lo dije: fue mi protector, y así le llamaba yo. No quisiera que sobre él se escribiera una mala palabra.

Hubo más conversaciones sobre Girón, y cada vez en un clima de mayor confianza. Fruto de ellas fueron otras referencias, algunas ya avecindadas en la anécdota, como la que contó *Gafas* con las siguientes palabras:

—Sabes, Girón no sabía leer cuando nos encontramos en los montes de Casaio por primera vez. No sabía leer, pero tenía muchos deseos de aprender, y yo le fui enseñando poco a poco. Era un hombre con un gran tesón y, en las horas que destinábamos a la educación y a la cultura en los campamentos, él practicaba y leía. Pero verás, un día se me acercó y me dijo: «Oye, *Gafas*, ¿no me has dicho que se escribe “b” siempre que esta letra va, en una palabra, delante de otra consonante?». Le dije que sí, que así era. «O sea que —repuso él— siempre que hay una “r” detrás, se escribe “b”, como en “hombre” o en “brazo”, ¿no?». «Sí, así es», le dije de nuevo. Entonces él, con una gran alegría en la cara, exclamó: «Te pillé, *Gafas*», y me mostró un libro en el que aparecía el puerto francés de Le Havre, claro, con “v” seguida de “r”. Estaba feliz aquel día, como un niño, muy feliz.

También hubo un tiempo de conversación para Marcelino de la Parra Casas, compañero inseparable de Girón, militante de la CNT y máximo representante anarquista en la Federación de Guerrillas de León-Galicia.

—Fue ayudante de Estado Mayor, en representación de la CNT, y siempre estuvo extraordinariamente identificado con nosotros —explicó *Gafas*.

—¿Qué recuerdas de él? —le pregunté.

—Muchas cosas. Pasamos mucho tiempo juntos. Su vida es paralela a la de Girón. Como él, combatió por la zona de Murias con el Ejército Republicano, que hizo uso de ellos para operaciones guerrilleras en la retaguardia del frente leonés, aprovechando que eran unos extraordinarios conocedores del terreno. Juntos terminaron la guerra y juntos regresaron a la zona que Girón mejor conocía: El Bierzo y La Cabrera. Después, siempre anduvieron juntos. Eran entrañablemente amigos.

—¿Cómo era en lo personal?

—Tenía nervios de acero y era un manitas de oro, un mecánico extraordinario, capaz de convertir una pistola normal en una ametralladora.

Mario Morán intervino entonces para señalar que entre Parra y Girón había un gran contraste, por lo que a carácter se refiere.

—Parra —dijo— era temperamentalmente la parte contraria, la más opuesta a Girón. Tenían un carácter muy diferente, y quizá por eso se entendían tan bien. Parra, por ejemplo, no tenía ningún sentido del humor; en cambio, Girón siempre estaba con bromas. Girón era mucho más apasionado. Parra era frío, tranquilo.

—Girón fumaba mucho —añadió *Gafas*—, siempre estaba con el cigarro en la boca, y Parra, nada, nunca. Pero tenían una cosa en común: uno y otro eran capaces de hacerlo todo por el amigo.

César también acreditó y subrayó el carácter apacible y sosegado de Parra:

—Si le daba hambre, comía un poco; si le daba sueño, dormía un poco. No le gustaban las discusiones ideológicas, y apenas las mantenía.

—¿Cómo era físicamente?

Gafas respondió:

—Estatura mediana-baja, cargado de hombros, él decía que por causa de una pedrada, quijada ancha, mofletes caídos...

—¿Qué anécdotas recordáis de él?

—¿Anécdotas? Muchas... —respondió *Gafas*—. Un día en Villar de Silva, sobre Covas, en El Bierzo, estaban en dos casas Girón, Parra, *Tameirón*, Gilberto y otro. Era el año 1939 o 1940. De repente, se dan cuenta de que los están cercando y se echan fuera. Parra se tiró por una ventana y cayó sobre un guardia civil. Y en el combate cuerpo a cuerpo, aquí viene lo curioso, se cambiaron los fusiles. Parra salió con el del guardia y éste se quedó con el suyo. Todos lograron escapar en aquella ocasión sin bajas.

Marcelino de la Parra Casas, como ya se ha dicho, intentó cruzar la frontera por Cataluña en 1948, pero fue detenido antes de conseguirlo. Trasladado a León, fue sometido a severos interrogatorios y ejecutado el 8 de noviembre de aquel mismo año.

—¿*Cantó* tras la detención? —le pregunté a *Gafas*.

—Siempre que un compañero caía, nosotros hacíamos de cuenta que, por fuerza de las torturas, podía acabar *cantando*; por esto, siempre adoptábamos medidas preventivas, precauciones... Ninguno de nuestros hombres estaba dispuesto a declarar, y todos teníamos muy claro que, por el daño que podíamos hacer a los demás compañeros y a quienes nos prestaban auxilio, era mucho mejor caer en combate o suicidarse... Pero lo que pasa en una sala de tortura, eso no se puede saber; ni uno mismo sabe lo que puede o no aguantar llegado el caso. Yo comprendí esto en 1934, cuando fui detenido. Un hombre sabe lo que quiere, aquello a lo que está dispuesto, pero luego hace lo que puede, y nadie tiene derecho a pedirle más. Y esto lo digo yo que, cuando fui detenido en

Asturias, probé aguantar lo mío, como saben muchos compañeros. Más allá de que Parra hablase o no, que esto no lo sé, lo cierto y seguro es que fue un gran compañero, un gran luchador y que, como tal, como lo que era, cayó, por desgracia.

Los tres estaban de acuerdo en este extremo. No había asomo de fisura. Los tres recordaban al veterano guerrillero que era ejecutado en León unos días después de que ellos —*Gafas* y César— llegasen a Francia y un mes y medio antes de que Mario Morán consiguiera, tras una aventuradísima y arriesgada peripecia, pasar la misma frontera ante la que Parra fracasó⁴.

⁴ El asturiano Mario Morán, ayudante de E. M. de la Federación de Guerrillas de León-Galicia y jefe de la II Agrupación Guerrillera (Orense), salió del pueblo de Carucedo (León) el 22 de diciembre de 1948, en compañía del leonés Benigno García *El Viejo*, de Villaverde de los Cestos, camino de la frontera francesa. Por toda documentación, llevaba cada uno dos pistolas, dos bombas y 150 tiros, que ocultaban bajo sus gabardinas. Como eran fechas navideñas y había mucho movimiento de gente, tomaron el tren expreso en Ponferrada sin tiempo de sacar el billete. A bordo, pagaron los suplementos debidos y el revisor los ubicó en un departamento en el que Mario Morán quedó sentado entre guardias civiles y frente a un brigada que iba con su esposa y sus hijos hacia Madrid. Después de varios incidentes menores, que probaron el temple de ambos fugitivos, hicieron el trasbordo en Venta de Baños, camino de Bilbao. Logrado un enlace en la capital vasca, se desplazaron en tren a Alsasua y después a Pamplona, viviendo otros episodios de gran tensión cuando empezó a pedir la documentación a la gente un miembro de la brigada político-social, bien secundado por unos guardias civiles. Con la fortuna a favor (nadie reparó en sus caras tensas ni en sus manos enfundadas en las gabardinas, que empuñaban las bombas como último recurso), llegaron a Pamplona. Y desde allí en otro tren —en el que un extraño personaje quizá les anunciaba su complicidad cantando «Diego Montes es un valiente bandolero»— fueron hasta las cercanías de Aoiz. Después de una dura caminata, el 25 de diciembre por la noche llegaron a la frontera, que pasaron el 26 por la mañana, camino de Mauleón, ya en Francia. Mario Morán estuvo tres años en el vecino país y después se trasladó a México, donde vivió un largo exilio de más de cuarenta años y donde falleció en 1992. (Para una versión más pormenorizada, ver *El regreso de los maquis*, pp. 174-182.)